



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XXXVII

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NUM 1124

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península.—Un mes, 2 pias.—Tres meses, 6 id.—Extranjero.—Tres meses, 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1º y 16 de cada mes.—La correspondencia a la Administración.

REDACCION Y ADMINISTRACION MAYOR 24

VIERNES 2 DE DICIEMBRE DE 1898

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette rue Caumartin 81; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 81.

A PERRO FLACO...

No son algas, no, las que se le han agarrado a la pobre España para molestarla cuando de la soga se han puesto los trofos, canes de presa que mienten, destrozan y desarran para arrancar la vida a quien por vergüenza y por honor se arroja al sacrificio del combate a sabiendas de que le volvería la espalda la fortuna.

Una víctima que se sacrifica por decoro, un vergüenza que entra en la lucha haciendo gala de sus ventajas de truhan y un público asustadizo, que tiene miedo y mira indiferente como se comete el crimen: he ahí el cuadro que ofrece en estos momentos la Europa culta, esa Europa que ha visto enmudecida de espanto como pisoteaba sus rodigos y sus teorías sobre el derecho el malón de ventaja, el moderno Atilla que ha destruido en un instante el célebre *statu quo*.

Triste y sombrío cuadro, en el cual ocupa España el lugar de preferencia pero también el más honroso.

Tendida en el suelo por el golpe mortal que ha recibido, sin sangre en las venas, con el hogar deshecho y la fortuna acabada, vale nuestra España mas, para los hombres de corazón y de sentimientos nobles, que todas esas naciones que ocultan su pavor entre las sombras, esquivando el momento de arrojarse sobre nuestras vestiduras para arrancarnos un gineta.

Los Estados Unidos nos han amputado las colonias y nos resentimos de la herida; pero ¿qué mucho que nos hiera la mano del adversario cuando la del amigo nos hace daño también?

No bastaba que, obediendo afinidades de raza, se confabula

ra Inglaterra con la América del Norte para obviar de nuestro daño benéficos; era preciso que nuestros hermanos de raza, nuestros amigos de ayer, los que tuvieron nuestras simpatías cuando los vimos en peligro, aquellos a quienes ayudamos desinteresadamente en multitud de ocasiones y en cuyas manos pusimos nuestro honor cuando nos vimos obligados a pedir tregua en la lucha, nos dieran la puñalada de misericordia para acelerar nuestra muerte.

Y nos la han dado. El aguila francesa ha unido también su corvo pico en las entrañas del león para ayudarlo a morir. Mientras lo considero fuerte y capaz de sus históricas hazañas, lo admiro con agasajos y lo solicito con empeño para tenerlo a su parte o cuando menos neutral; pero la pobre España caído, el león está moribundo y ni su amistad ofrece interés ni su enemistad ofrece cuidado. Si ayuda material supone poco y tenerlo enfrente no supone mucho.

Por eso Francia aparta de nosotros la mirada para dirigirla a los italianos. La fuerza itala a la fuerza. Italia tiene buques de guerra y bastante dinero. Su ayuda vale mucho y se la misma abriendo el mercado francés para que venda sus productos. La nuestra nada vale y se le levanta barrera a nuestros vinos para que no puedan pasar los Pirineos.

La herida que nos han hecho los americanos es muy grande; pero no le va en suya la que nos han abierto los japoneses.

Que surja ahora en el interior del país un horroroto y... ¡Aquí es España!

GLORIAS NACIONALES

Combate de Palo-Seco
2 de Diciembre de 1873.

El 14 de Octubre de 1873 fué tomada la Zanja por los intrépidos cubanos.

En ella había un número bastante regular de armas y municiones, que cayó en poder del enemigo, y sospechando los españoles que todas ó la mayor parte de ellas habían sido entregadas por aquél en las intenciones de mencionarlo punto, salió para él de Guaimaro una columna de 550 nombres a las órdenes del coronel Vilches, con el propósito de ver si las podía recuperar.

A la ida no sufrieron ningún contratiempo los nuestros; pero a su regreso, cerca del poblado de Palo-Seco, fueron sorprendidos por la partida de Máximo Gómez, compuesta de numerosas fuerzas de infantería y caballería, y bastante más considerables que las que ellos reunían.

Tras heroica y desigual lucha, quedaron 300 de los nuestros incluídos el coronel Vilches, sobre el campo, horriblemente macheteados por los feroces y sanguinarios insurgentes.

Las fuerzas restantes, dispersas y después de sufrir horriblemente, pudieron llegar a Guaimaro y otros puntos.

MAESE RODRIGO

(Prohibida la reproducción.)

Al menos abatido de todos los abates

Permitid, señor, que llegue hasta vos el más humilde de cuantos se honran con vuestra amistad, saborean las delicadezas de vuestro trato en esas horas llenas de encantos en que los albores de un nuevo día envían el «Dios» a la noche que pasa envuelta en sus misterios y arropada en sus negruras.

Horas felices, en las que, dormido el recuerdo de la orquesta que desafina, del actor que ladra ó de la tiple que quilla, vuela vuestro espíritu por horizontes más amplios y esplendorosos mostrando el caudal de vuestra erudición y la selecta y sólida base de vuestra cultura.

No es la memoria, como vos modestamente decís cuando brotan de vuestros labios recuerdos y nombres de obras y autores, que en siendo notables os son familiares, «el talento de los tontos», es por el contrario un don de que solo gozan los escogidos, cuando la memoria

sirve, como acontece con la vuestra, para mostrar el valioso caudal de inmensa lectura de la que se ha hecho cuidadosa selección con la lucidez de vuestro cerebro y la ilustración de vuestro juicio apasionado por todo lo selecto.

En este particular, vuestro delicado instinto os ha hecho seguir, ignorando los tal vez, los medios que aconseja Stuart-Mill, y severo y fiel en acatarlos y cumplirlos, unéstrase vuestra inteligencia fortalecida y nutrida por lo que de más valioso cuenta nuestra clásica literatura y por lo que de más apreciable tiene la moderna.

Dentro de vuestras más salientes aficiones y aptitudes no se os puede achacar, sin injusticia, el olvido del prudente y sabio consejo de Sir Lubbock. «No podeis ruborizaros de no haber aprendido todo lo que hablérais podido aprender.»

Y por ser como sois, espícame, abate distinguido, vuestras intransigencias como crítico, y vuestras severidades de juicio para juzgar a los autores que nos enpequeñecen, y a los que, agujoneados por la necesidad, ó movidos por una pretenciosa é injustificada vanidad, convertidos en actores ó cantantes, han sido y siguen siendo, verdugos implacables del arte lírico y dramático.

Para vos, abate respetable, no existe el «todo es relativo» del conocido personaje de una de nuestras más celebradas producciones, ni siendo como sois, tan bondadoso y culto, se tanza vuestro espíritu por los caminos de benevolencia, siguiendo la opinión de Matthew Arnold.

Readís absoluto y fervoroso culto al arte, y no hay escrito: raudión, ó cómico ó cantante, que sea malo—y lo son el mayor número—que escape a vuestras censuras y no muera aplastado bajo el peso de la severidad de vuestro inflexible juicio.

Y en este punto, no tenéis que reprocharos lo que el inmortal autor de «El Paraíso perdido» critica en el rey sabio.

La entereza de vuestro carácter, no ha desconocido—que yo sepa—hasta el punto de servir á inmundos ideales.

Por eso, querido abate, cuando se os conoca y se recuerda vuestra labor y vuestra historia de crítico, a la gente de bastidores, al veros en el proscenio, se le pone carne de ave de corral, por no

decir de gallina, y más que de la inspiración y del buen juicio de que con tanta frecuencia están necesitados, convencidos algo de tila, para calmar la excitación medrosa de sus nervios.

Y eso que ahora, por reclamar vuestra atención otros quehaceres, por cansancio tal vez, ó por otras causas que yo ignoro, vive en descanso vuestra pluma; ¿pero no podría despertar el león haciendo que entre sus garras murieran destrozados los que hoy viven de la paciente indiferencia de los incultos y de los benévolos?

En mí, devotísimo abate, apagados por razón de la edad los ímpetus belicosos, con horror instintivo á cuanto huele á carnicería, hasta el punto de verme imposible seguir con deleite la lectura de una de las más celebradas obras de Camilo Lemonnier, vuestros juicios severísimos, sin dejar de escucharlos con el gusto con que siempre se oye lo que tiene en su favor el apoyo de una autoridad fundadísima y de la razón más completa, los oigo con algo de pesar inspirado por un sentimiento misericordioso.

Por esto, prefiero yo, reverendísimo abate, oírlos y admirarlos en esas tranquilas horas, en las que, dando al olvido las poqueñeces de nuestro *teatre chico*, vuestra exuberante erudición marcha por otros derroteros mostrando la delicadeza de vuestros gustos, vuestra ilustración solidísima y vuestra amena y envidiable cultura.

Yo quisiera que fueran eternas esas horas en cuyos misterios vos envueltos desde las promesas angelicales y dulces de los primeros y mas puros amores, hasta los horrores de las más negras y desesperantes agonias.

Dispensadme, Sr. Abate, si me atrevo á turbar vuestro silencio, y quiera el Cielo que mi osadía no sirva para que me trateis—y no habria de fallar el motivo para ello—como al peor y más desafortunado de nuestros comiquillos.

Un *tenebrado*.

BUENA MEDIDA

El Alcalde interino de La Unión, nuestro querido amigo D. Juan Manco, ha publicado un edicto que merece unánimes aplausos.

BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA 462

LA PRINCESA DE LOS URSINOS 463

BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA 466

Y el estudiante dijo estas palabras con ansia, con los ojos desencorajados, pálido de impaciencia.

—¿Que si gozo de la confianza de mi amo! dijo Pommeferre: os puedo enseñar, á lo menos, tres cardenales, causados por su baston.

—¿Me he salvado! he llegado al fin en un momento, dijo el estudiante: soy ya maestro de gramática de la celeberrima universidad de Salamanca; porque vos, señor Pommeferre, venís para algo tan de mañana al alcázar, para algo que importa mucho; apostaré á que tenéis en el bolsillo una carta.

—Precisamente, señor maestro de gramática, dijo Pommeferre: pero ¿cómo diablos habeis oido esa carta?

—Lo he deducido: hé ahí, hé ahí el beneficioso resultado de la precisión: una mirada es hija de un pensamiento, de un sentimiento si quereis, para ser mas preciso: un sentimiento puede sobrevenir de una necesidad: hé aquí para qué se necesita la perspicacia del observador: al oír vos que yo estaba apoderado del celabon-doncella de la cadena palaciega, vuestros ojos brillaron y me miraron como á una cosa que puede ser útil: vos necesitáis una doncella del alcázar: ¿para qué puede necesitarse á una doncella? para que sirva de intermediaria á finos amores; ¿y cómo puede ser intermediaria en un pri-

mer paso? poniendo una carta donde su señora la vea: que la doncella de que yo dispongo no es, que esto fuera una gran casualidad, doncella de la dama á quien se dirige la carta: conoce á las otras doncellas; vos me direis: ¿y qué me procurais? yo puedo llegar por mí mismo y usar de uno de los dos medios; del galanteo, ó del soborno: pero supongamos que importe mucho que la carta llegue al momento á manos de la persona á quien se dirige; los dos medios de que podeis disponer para utilizar á la doncella requieren tiempo: que pretendéis subir por la escalerilla de las meninas y os dice un centinela «atrás»; habeis concluido: que decís que tenéis que ver á un suizo de la guardia de la portería de damas; para esto tenéis que haceros amigo de un suizo y esperar á que esté de guardia: dilaciones y mas dilaciones: luego el centinela suizo os dirá, «atrás, no se pasa»; pero me direis, «mi amo, gentil hombre de su majestad me abre todas las puertas»; adios secreto; porque secreto debe ser esto cuando vuestro amo, que puede andar por todo el alcázar, no lo hace por sí mismo.

—Convenido, cierto, ciertísimo, señor estudiante, dijo Pommeferre: ¿podreis vos hacer que en una hora llegue una carta importante á la señora marquesa de Nuestra Señora de las Nieves?

—Anade, y por cierto, gorda y fresca, dijo Pommeferre con la boca llena, porque tenía buen apetito.

—Anade, ave acuática: esta ave se servia, si no recuerdo mal, en el festin de los dioses...

—Dejemos los dioses y vengamos á la doncella, dijo Pommeferre: ¿y estais seguro de poder obliar á la Petra Pica?

—¡Oh! vos mismo la hablareis: con que yo la prometa dar un bebedizo, para que la quiera, al paje del condestable, andrá, vendrá aquí; á los infernos iria ella por tal promesa.

—¿Habeis comido ya lo bastante? dijo Pommeferre.

—¡Oh! sobrado, contestó el estudiante.

—Dan las cinco en el reloj del alcázar.

—¡Ah! pues voy, voy, caballero: Petra Pica no tardará en llegar: yo no entraré, me quedaré esperando fuera.

—Pues id, id cuanto antes, dijo Pommeferre.

El estudiante se levantó y salió. Pommeferre se quedó meditando al-cometia una torpeza ó no en valerse de los medios que le proporcionaba aquel loco.

No había pasado aun media hora desde que este